

Vimoslo revolcar por la ribera,  
Vascar y vomitar con pena fuerte,  
Decíamos: «¿no veis la bestia fiera  
Cuán de su voluntad tomó la muerte?»  
Mas no le sucedió desta manera,  
Antes en bien trocó su mala suerte;  
Y deseando ver en qué paraba,  
Con grande vigilancia se guardaba.

Visto que no trabó la pestilencia  
Ni hizo sentimientos otro día,  
Le curaron con suma diligencia  
Las llagas y flechazos que tenía:  
Sanó muy bien, y hizo residencia  
Muchos días en nuestra compañía;  
Y cuando ya se vido mas seguro  
Determinó huirse con oscuro.

Nadie quiso hacer el esperiencia  
De muchos que después yo vi heridos,  
Echen juicios pues hombres de ciencia,  
Si destes casos viven advertidos:  
Si por ventura hacen resistencia  
Venenos á venenos recibidos,  
Que desto que yo vi soy buen testigo,  
Y afirmo por verdad lo que aquí digo.

En efeto la cosa mas usada  
Para seguridad de tan mal juego  
Es el cortar la carne maculada  
Cauterizándola con vivo fuego;  
Mas no quiere ser cura dilatada,  
Que nada prestará no siendo luego;  
Y pues que trato del remedio presto,  
Quiero decir un cuento cerca desto.

Iban ciertos soldados singulares,  
De gente que llamamos baquiána,  
Conquistando la tierra de Tagares,  
Que son confines de Maracapana,  
Puerto bien señalado destes mares  
Y de contratacion cotidiana;  
Y el cacique Mariño belicoso  
Un paso les tomó dificultoso.

De los soldados de mayor soltura  
Que el capitán tenía por lijeros,  
Hizo ir por la cuesta y angostura  
Hasta veinte, los diez arcabuceros.  
En cuya defension y cobertura  
Irian otros tantos rodeleros:  
Yo con aquesta gente caminaba,  
Y aun Joan de Quindós arrodelaba.

Era la flechería tan inmensa  
Que del peñol y alto descendía,  
Que con rodela hartó mas estensa  
Cubrir entrambos cuerpos no podía;  
Y en tal modo miré por su defensa,  
Que no me descuidaba de la mía,  
Y como no la puse bien pareja  
Hirieron al Quindós en una oreja.

Pues como de presente carecía  
Para poder quemalla de aparejo,  
Con riesgo que tardanza prometía  
Si la tuviera para mas consejo,  
Echó mano á la daga que traía,  
Y luego la quitó del pestorejo,  
Queriendo con temor de la herida  
Quedar mas sin oreja que sin vida.

Si dilatando tales escrituras  
No conociera ser algo molesto,  
Bien pudiera contar mil desventuras,  
Trabajos y peligros cerca desto:  
Sin estar mis espaldas mas seguras  
Ni con mejor ni mas seguro puesto,  
Pero por no hacer digresion tarda,  
Volvamos al Sedeño que me aguarda.

El cual, todos sus hombres recogidos,  
Con regalos y términos humanos  
Hizo curar á todos los heridos,  
De los cuales los menos fueron sanos.  
Y los que sanos, cojos y tullidos,  
O mancos de los dedos en las manos,  
Porque los nervios nunca quedan buenos  
Que el fuego los encoge y hace menos.

Ansímismo mandó se detuviese  
La gente toda por aquel asiento,  
Porque quien escapó convaleciese  
Sin alterar el duro nocumento;  
Y para que también se rehiciese  
El caballo que estaba macilento:  
Y así Diana por aqueste seno  
Dos veces se mostró con orbe lleno,

Pasados los dos meses se desvía  
El campo deste pueblo belicoso,  
Mandando caminar al mediodía,  
Pareciéndole ser mas provechoso;  
Y entonces ya Sedeño se sentía  
De fuerzas y salud menesteroso;  
La sierra dejan á la diestra mano  
Y entran á vista della por lo llano.

Por el altura van de doce grados  
Siguiendo relacion de ciertas guías,  
Atravesaron muchos despoblados  
De tierras solitarias y baldías,  
Aunque crecida copia de venados  
Y ríos de muy grandes pesquerías,  
Pero de ver la tierra tan exenta  
Andaba mucha gente descontenta.

Supo pues el Sedeño de soldados  
Una cierta manera de motines,  
O ya de hombres bien intencionados,  
O ya de susurrones y malsines:  
Al fin amanecieron ahorcados  
El capitán Ochoa y Juan Martínez,  
Y aun dicen que á Losada matar quiso,  
Mas él siempre vivió con gran aviso.

Al tiempo que estas cosas ya haciendo  
Por atemorizar los de su bando,  
Iba de su salud deminuyendo  
Y en hinchazon de miembros aumentando:  
Unos por su salud están gimiendo,  
Otros su fin y muerte deseando,  
Y aun dicen dalle yerbas la morisea  
Fernandez que llamábamos Francisca.

Mas aunque estaba ya como difunto,  
Que tal en el aspeto parecia,  
Jamás se descuidó ni perdió punto  
De cuanto buen gobierno requeria:  
Temblaba quien lo tiene mas conjunto,  
El que mas apartado mas temia,  
Y así mandaba y enviaba gentes  
A partes y lugares diferentes.

Entre los cuales fué cierta cuadrilla  
De soldados instrutos en la tierra,  
Y destes cada cual por maravilla  
Se podia decir hombre de guerra:  
Fué por su capitán Joan de Bonilla,  
El cual tomó la vuelta de la sierra,  
Teniendo ya por cosa conocida  
Hallar allí mas cierta la comida.

Aquestos sus viajes prosiguieron  
Campo raso, mas no camino claro,  
Pues mas de treinta dias anduvieron  
Sin poder encontrar algun reparo;  
Hasta tanto que ya por tiempo dieron  
En la provincia de Catapararo,  
Donde maiz hallaron seco y tierno  
Para poder pasar aquel invierno.

La gente de los indios al instante  
Que sintieron venir la gente nuestra,  
Con todas sus alhajas por delante,  
Huyeron do guarida se les muestra;  
Pero los españoles del restante,  
Recogieron de oro buena muestra:  
Fué crecido contento y alegría  
Por ser muestra que mas les prometía.

Pues con tan buena nueva de comida  
Y hasta novecientos castellanos  
De joyas de la presa recogida  
Bonilla despachó ciertos cristianos;  
Para que con la priesa prometida  
Al Sedeño las diesen en las manos,  
Escribiendo también con esperanza  
De hallar tierra de mayor pujanza.

Llegábanse los dias postrimeros  
Al Sedeño; mas aunque tal se via,  
Recebidos aquestos mensajeros,  
Ya sin vital virtud así decia:  
«Adelante, adelante, caballeros,  
Que Dios nos quiere dar algun buen día.»  
Y poniendo por orden la partida,  
Partió de los trabajos desta vida.

Los enfermos y pobres lo lloraban  
Por faltar sus regalos y raciones,  
No menos esta falta lamentaban  
Los cuerdos y de sanas intenciones:  
Pues por ausencia dél adivinaban  
Pesadumbres y grandes disensiones,  
Y así, según el tiempo y angostura,  
Procuraron de dalle sepultura.

Do el río de Tiznados desencierra  
Su licor á lo llano convertido,  
Yendo ya por la falda de la sierra  
A la sombra de un árbol estendida,  
Dieron estos varones á la tierra  
El valeroso cuerpo fallecido,  
Y en la corteza lisa por su muerte  
Una letra pusieron desta suerte:

*Hic requiescit homo Sedeño corpore parvus;  
Rebus at in cunctis pectore magnus erat.*

Aquí de su brio falto  
Reposa Antonio Sedeño,

Que fué de cuerpo pequeño,  
Y en el ánimo muy alto.

Despedidos del bajo monumento  
Sin despedir de sí grave mancilla,  
A grande priesa van en seguimiento  
De los mantenimientos de Bonilla:  
Llegaron todos ellos al asiento  
Do pensaban tener invernal silla,  
Y do Martín Fernandez buenamente  
Pretendió gobernar toda la gente.

Muchos se sujetaron á su mando  
Pareciéndoles cosa conveniente,  
Por ser ya viejo, cuerdo, venerando,  
Y haber allí gastado su posible;  
Mas impidióselo contrario bando  
Y fué la fuerza destes invencible:  
En esto pero fueron concordantes,  
En dejalle su cargo como antes.

Mas los que sujetaban el armada,  
Mandaban y regian esta gente,  
Eran Reinoso y Diego de Losada  
Bien puesto cada cual y muy valiente;  
Y fueron ambos de una camarada  
Criados del señor de Benavente:  
Losada siempre fué singular hombre  
Y tuvo por allí claro renombre.

En aquella sazón que esto pasaba  
Y el campo por allí se detenía,  
Juan de Yúcar apriesa caminaba  
Con aquellos soldados que traía;  
Y por el mismo rastro ya llegaba  
Donde Sedeño vió su postrer día,  
Y el epitafio dello hizo cierto  
Que su competidor estaba muerto.

Siguieron con mas priesa la jornada  
Antes que se pasasen adelante,  
Y dieron en la gente descuidada  
De ver por allí junta semejante:  
No hizo con fureros el entrada,  
Sino con un pacífico semblante,  
Y la sedeña gente recogida  
Pidieron la razon de su venida.

Joan de Yúcar usó de sus razones  
Sujetas á medidas cortesias,  
Diciendo que traía provisiones  
Para librar al licenciado Frias;  
Y para castigar á los varones  
Culpantes en aquellas demasias;  
Mas pues el causador era ya muerto  
Con los demás baria buen concierto.

Todos los capitanes y soldados,  
Puesto caso que estaban mas potentes,  
Vistas las provisiones y recados  
Y sus delitos claros y patentes,  
Fueron con Joan de Yúcar congregados  
A fin de tratar medios convenientes,  
Para que se volviese con contento,  
Y ellos siguiesen su descubrimiento.

Sobre lo cual habiendo conferido,  
Concluyeron al fin que se les diese  
El oro que tenían recogido  
Y volviese con él el que quisiese:  
Aceptó Joan de Yúcar el partido,  
Que mas suele hacer el interese,  
Volvióse con sus propias compañías  
Y con el licenciado Joan de Frias.

Dieron la vuelta casi por la posta  
Haciendo mas derechas las jornadas,  
Llegó do dió razon muy angosta  
Que pedian las cosas ya contadas:  
Anduvo después desto por la costa  
Haciendo por allí muchas entradas,  
Salteando los indios comarcas  
Adonde hizo hechos soberanos.

Mas caminando por Cumanagoto,  
No con aquel cuidado de prudente,  
Cargó sobre él tan grande terremoto  
De indios que salieron de repente,  
Que le mataron en el alboroto  
Toda la mayor parte de su gente,  
Y él solo rebatió con un montante  
Cuanto se le ponía por delante.

Con brazos fuertes y con piés livianos,  
Sin ser de compañeros socorrido,  
El toro se escapó de los alanos,  
Y vino por camino conocido  
A morir en el pueblo de cristianos,  
De mortifera yerba mal herido,  
Y con universal pena y tristura  
Maracapana fué su sepultura.

Entre los valerosos lo contamos,  
Que cierto fué varon de esfuerzo raro,  
Pero porque la historia concluyamos  
De los que quedan en Catapararo,  
A los sucesos suyos nos volvamos  
Con el postrero canto donde paro,  
Pues el pasado fué canto prolijo  
Por no cumplir cortar lo que se dijo.

### CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo los de Sedeño continuaron su descubrimiento,  
acabado el invierno, y el fin y suceso desta jornada.

El austro ya sus pluvias apartaba,  
Deucalion la urna detenía,  
Y el animal de Heles igualaba  
Nocturna duracion con la del día:  
Serenos y claro tiempo convidaba  
A que saliese nuestra compañía  
A sus trabajosimas conquistas  
Y en demanda de tierras nunca vistas.

Salen también de hambre compelidos  
Por el invierno largo que les vino,  
Caminando por campos estendidos,  
Que aun no daban enjuto su camino,  
Prolijos cenagales, ríos crecidos  
Peligrosos al pobre peregrino,  
Y del camino los mayores trechos  
Las aguas á la cinta y á los pechos.

La sierra ya de vista se perdía  
Y por los llanos iban engolfados,  
Que, como dicho tengo, todavía  
Hallaban muchos dellos anegados;  
Y perro ni caballo no podía  
Ejercitar la caza de venados;  
Mas Aduza guió mas al oriente  
Hasta que ya halló rastro de gente.

Alegráronse todos sus soldados  
Y aliéntanse los mas enflaquecidos,  
Siguiéron los caminos mas hollados  
Hasta dar en buhios proveidos  
De maices y carnes y pescados,  
Do fueron por buen rato resistidos;  
Mas el flaco varon y mas hambriento  
Todavía gozó de vencimiento.

Estaban estos indios en un viso  
Para defensa bien acomodado,  
Y el capitán Aduza luego quiso  
Poner en la comida gran recado;  
Y despachó soldados con aviso  
Al campo que quedaba fatigado,  
El cual, teniendo nueva de comida,  
Hizo con gran presteza su venida.

Llegados el Losada y el Reinoso,  
Loaron al Aduza grandemente  
Del socorro que dió tan provechoso  
En la reparacion de tanta gente;  
El cual en esto fué siempre dichoso,  
Adalid esforzado y escelente,  
Y así la falta que se padecia  
Ninguno mejor que él la socorria.

Estando todos pues en este fuerte  
Gozando del sustento deseado,  
No pudo ser sin una mala suerte;  
Pues de comer allí cierto pescado  
Murió Martín Fernandez, cuya muerte  
Sintieron todos en extremo grado,  
Por ser hombre cabal, cuerdo, quieto,  
Y á quien todos tenían gran respeto.

Reparando sus armas y fardaje  
Enjugaba los campos el verano,  
Y así con algun mas matalotaje  
De yucas secas y molido grano,  
Siguiéron adelante su viaje  
Con náutico regimen en la mano;  
Porque por ser los campos tan exentos  
Usaban de marinos instrumentos.

Habia dos pilotos principales,  
En el altura cada cual maestro,  
El uno portugués, Anton Gonzalez,  
Otro Pedro Martel, no menos diestro:  
No ven de cinosura las señales  
Que de los navegantes son cabestro,  
Aguja de los vientos es el tino  
Por do rigen el campo peregrino.

De todos alimentos ya vacios  
Adelante los lleva su porfia,  
Topan inmensos campos, grandes rios,  
Y gente sin ninguna pulcra:  
Sin ranchos, sin ramadas, sin buhios,  
Su tierra de labranzas es vacia,  
Sino toldillos leves de vil palma  
En tiempos fortunosos ó con calma.

Alhaja ni preseña no la tiene  
Fuera de limpia flecha, dardo, lanza,  
De cazas y de pescas se mantiene  
Que de mieses no hace confianza:  
Una cierta raíz dicha lerene  
Cultiva por su misera labranza;  
Pero nunca jamás en el verano  
Supo qué cosa es recoger grano.

La fuerza del invierno cuando llega  
Aquestos campos nunca cultivados  
Con sus inundaciones los anega,  
Algunos altos dellos reservados;  
Do suele residir la gente ciega,  
Y suelen acudir muchos venados,  
De que los dichos indios se pertrechan,  
Y entonces de canoas se aprovechan.

Son todos ellos negros como cuervos,  
Mas altos y dispuestos que fornidos,  
Lijeros y alentados como ciervos,  
Al conjugal amor muy sometidos;  
En guerra pertinaces y protervos,  
Temerarios, dementes, atrevidos,  
Presume cada cual de ser tan bueno,  
Que en el acometer no tiene freno.

También cuando las aguas son molestas  
Y los campos inundan avenidas,  
Viven en barbacoas bien compuestas  
Encima de los árboles tejidas.  
Y en mil vasijas, calabazos, cestas  
Guardan aquellas miserias comidas,  
Harinas de raíces y pescados,  
Carne de dantas, puercos y venados.

Los tasajos curados con lejía  
De coa, cierta planta salitrosa,  
Porque sal por allí no se tenia,  
Ni gozan estos de tan buena cosa;  
Y en aquel tiempo nuestra compañía  
Estaba della muy menesterosa,  
Y aunque cualquiera hambre es insufrible,  
Es esta la mayor y mas terrible.

También en estos reinos y confines  
Hace sal esta gente vil y sucia  
De ceniza de palma con orines,  
Y en ella hacen todos grande lucia:  
Estos son sus adobos mas insines,  
Y la gente con ellos anda lucia,  
Tiene casi que gusto de sardinas  
Arenques, pero mal sala cecinas.

Así ni mas ni menos les faltaba  
Que les era gustoso condimento  
Para cualquier manjar que se guisaba,  
Pues era ya de verbas el sustento;  
Así que cada cual dellos andaba  
Cortado, flojo, triste, macilento,  
Con menos fuerza que menester era  
En tan trabajosísima carrera.

Pero siempre con ánimo constante,  
Pues para mayor colmo deste hecho  
Llevaban sus banderas adelante,  
A cualquiera rigor poniendo pecho,  
Hasta topar con tierra tan bastante  
Que pudiese dar honra con provecho,  
Y el esperanza de topar riqueza  
Sacaba siempre fuerzas de flaqueza.

Tuvieron con aquestos naturales  
Asperas y sangrientas competencias,  
Que por ser atrevidos y bestiales  
Llevaban lo peor en las pendencias:  
Atravesaron grandes arenas  
Sin hallar poblaciones ni apariencias,  
Sino de arena una y otra sierra,  
Do les hizo la sed terrible guerra.

En continuacion de su jornada  
Tierra se descubrió mas andadera,  
Mas en tiempo de aguas anegada  
En su disposicion y en su manera,  
Do vieron prolijísima calzada,  
Que fué mas de cien leguas duradera,  
Con señales de antiguas poblaciones  
Y de labranzas viejos camellones.

Alegróse la gente fatigada  
Pensando de hallar un buen empleo,  
Aduvieron caudillos del armada  
Gran número de dias á rastreo;  
Mas no hallaban rastro ni pisada,  
Ni cosa que hinchese su deseo:  
De caza no faltaba carne fresca,  
Y en ciénagas y rios larga pesca.

Por todas cuatro partes indagaban,  
Al norte, al sur, al leste y al oeste,  
Y los del campo siempre declinaban  
A la parte comun del viento leste;  
Pero unos y otros no hallaban  
Remedio ni socorro que les preste,  
Hasta tanto que Rodrigo de Vega  
Topó pequeña senda ya muy ciega.

García de Montalvo, rastreando  
Con otros de caballo destas gentes,  
Aqui la van perdiendo allí hallando,  
Como perros rastros diligentes:  
Hasta tanto que fué mas ensanchando  
Y las pisadas viejas mas patentes,  
Las cuales si por caso se perdian,  
A los principios dellos revolvan.

Iban allí los dos negros hermanos  
Libres, á quien llamaban los Piñones,  
Mancebos bien dispuestos y lozanos,  
Necesarios en estas ocasiones:  
Soltisimos de piés, fuertes de manos,  
Diestros en todos tiempos y sazones,  
Dichos Miguel y Diego de la Fuente,  
Cada cual adalid muy escelente.

Los cuales sé decir que siempre fueron  
De gran utilidad en la conquista;  
Estos allí los rastros prosiguieron,  
Por ser de los mas diestros desta lista,  
Y al remate del día vista dieron  
Al pueblo que llamaron Buena-Vista,  
Por dalles en tan grave detrimento  
Su vista crecidísimo contento.

Y también por estar bien fabricado  
Donde la tierra mas se levantaba,  
De suerte que por uno y otro lado  
Por gran espacio dél se devisaba:  
De profunda quebrada rodeado,  
Que muy pequeño trecho reservaba;  
Volvieron sin ser vistos ni sentidos  
Do los otros quedaban detenidos.

Cien hombres son de gente baquiána,  
Y oida la razon de las espías,  
Acordaron que luego de mañana  
Diesen en aquel pueblo por dos vias:  
Pero por ser tan rasa la zavana  
Vieron los indios nuestra compañía,  
Los cuales á las armas acudieron,  
No sin admiracion de lo que vieron.

Los nuestros van la via concertada,  
Y cuando comenzaban la subida  
Opúsose delante la quebrada,  
Que luego les detuvo su corrida:  
Buscaron los peones el entrada,  
Que con raro valor fué defendida  
De gente jaguas y de caquetia,  
Hasta que feneció la luz del día.

Hicieron españoles asistencia  
En la parte do fueron resistidos,  
Esperando del sol nueva presencia  
Por entalles mejor apercebidos;  
Mas hicieron los bárbaros ausencia,  
Las mujeres é hijos recogidos,  
Sacando los del pueblo flaco miedo  
De los caballos y áspero denuedo.

Cuando la luz de Febo desviaba  
Los húmidos vapores destos llanos,  
Y fugitivas piernas fatigaba  
El indio con temor de los cristianos;  
Cada cual español aderezaba  
Las cortadoras armas en las manos,  
Y acometen al pueblo con gran furia,  
Juzgando la tardanza por injuria.

Entraron luego todos por adonde  
La via se mostraba mas abierta;  
Pero contraria fuerza no responde,  
Ni para resistencia se despierta:  
Sospechaban algunos que se asconde  
El bárbaro por dar con encubierta,  
Y dentro ya se hacen mas atentos,  
Recelando guerreros movimientos.

Mas puestos en el orden que debía,  
Las calles y las plazas recorriendo,  
Hallaron claros rastros que decian  
Todos sus moradores ir huyendo:  
Por espacio las casas se metian,  
Sus rústicos manjares inquiriendo,  
Y dióles Dios allí tan buena mano,  
Que hallaron gran número de grano.

En el maiz se hace dulce prueba,  
Con gran deseo ya desta comida,  
Y al campo se llevó la buena nueva  
Que fué con gran contento recibida:  
Los capitanes mandan que se mueva  
Y acelerasen luego la partida,  
Dióles á todos ellos gran aliento  
El esperanza del mantenimiento.

Llegaron sin hacer mucho rodeo,  
Porque los guió bien un Villasanta,  
Repartióse por todos el empleo  
Y sal que se halló, pero no tanta  
Que pudiese hartar el gran deseo  
Que della padecia el garganta,  
Mas alegrólos ver tan buena cosa,  
Muy blanca y en sabor maravillosa.

Y para conocerse por qué vias  
Traian esta sal tan escelente  
Procuraron tomar algunas guias,  
Las cuales se tomaron fácilmente;  
Dijeron que tardaban muchos dias  
En ir á contratar con otra gente,  
Que de mas lejos la traian hecha  
De otros que la dan de su cosecha.

Con estas buenas nuevas alentados  
Determinan dejar aquel asiento,  
Después que se sintieron reformados,  
Y los caballos ya con mas aliento:  
Atravesaron campos mal poblados,  
Puesto que con algun mantenimiento,  
Grandes ciénegas, rios, mil esterros,  
Do murieron algunos compañeros.

Fatigados del término corrido  
Determinaron de hacer parada  
En un pequeño pueblo proveido  
De la comida siempre deseada;  
Y habiendo muchas cosas conferido,  
Acordóse que Diego de Losada  
Saliese con doscientos compañeros  
A efeto de buscar invernaderos.

Porque el invierno los amenazaba,  
Que tiende por allí furiosa mano,  
Y el espacioso campo se anegaba  
En la mayor grandeza deste llano:  
La cual necesidad los exhortaba  
A buscar su remedio con verano;  
Caminó pues por campos estendidos  
Losada con sus hombres escogidos.

Como no se halló gente de guerra,  
Montes ni levantadas serranias,  
Lijeramente van calando tierra,  
Aunque hallaban anegadas vias,  
Hasta tanto que vieron alta sierra  
A cabo ya de mas de treinta dias;  
Y devisaron por las pertenencias  
Grandes humos y llenas aparencias.

Para poder allí hacer asedio  
O llegar do la gente se repare,  
Habia grande rio de por medio,  
Que creo se llamaba Cazanare:  
Losada no curó buscar remedio  
Para ir do lo dicho se declare,  
Aunque habian tomado por las aguas  
Algunas canoelas ó piraguas.

Por indios que decian ser testigos  
Desta sierra teniamos noticia;  
Mas el Losada y otros sus amigos  
Decian no ser cosa de codicia;  
Y así sin inquirir otros abrigos  
Volvieron, no con falta de malicia,  
Do Reinoso quedaba con la gente  
Que deste parecer fué diferente.

Copete y el Montalvo y un Miranda,  
Guerrero, Tello y Rodrigo de Vega,  
Con otros caballeros de su banda,  
Viendo cómo el invierno se les llega,  
Quisieron revolver á la mandada,  
Condenando la vuelta por muy ciega,  
Y decian ser falta de gobierno  
No tener en las sierras el invierno.

Mayormente diciéndoles la guia  
Aquella sierra ser muy bastecida,  
De todo aquello que se pretendia:  
De sal, de oro, ropas y comida;  
Porque la gente della se decia  
De tela de algodón andar vestida,  
Y no cumplir dejar esta conquista  
Pues que ya la tenían á la vista.

El general allí, como quisiese  
Mitigar el furor con mansedumbre,  
Al Losada mandó que revolviere  
A traer de la sierra certidumbre:  
Guerrero y los demás de que este fuese  
No recibían poca pesadumbre,  
Diciendo claramente que en su seno  
Jamás cabría pensamiento bueno.

Porque la parte destes imagina  
Que el Diego de Losada pretendía  
Volver con los demás á la marina,  
Incitado de cierta compañía:  
Debajo de la torpe golosina  
De los esclavos que hacer solía,  
Y no fueron tan vanos pensamientos  
Que no los confirmasen los eventos.

Mas Losada guió con sus soldados  
A la sierra por pasos conocidos,  
Y aquestos capitanes ya nombrados  
Quedaron grandemente desabridos:  
Los cuales y otros muchos congregados,  
En ciertos pareceres resumidos,  
Ordenaron que luego se juntasen  
Y al Diego de Reinoso le hablasen.

Por ser un valeroso caballero,  
Y en días y en edad el mas anciano,  
Rogaron á Alonso Alvarez Guerrero,  
Que para le hablar tome la mano:  
El por les aplacer y ser tercero  
Después del cumplimiento cortesano,  
En presencia de gran junta de gente  
Al general le dijo lo siguiente:

« Señor, de cuerdos es y de prudentes  
Hacer al mal futuro resistencia,  
Porque suelen criar inconvenientes,  
Descuido, flojedad y negligencia;  
Y cuanto los amagos mas presentes,  
Mas breve cumple ser la providencia,  
Pues no siempre se cura con buen tino  
El desastre que viene repentino.

» No conviene poner en aventura  
Lo que puede curarse de presente,  
Que el cuerdo nunca pierde coyuntura,  
En especial aquel que manda gente;  
Viendo que de su seso y su cordura  
El remedio comun está pendiente,  
Como podrim ser ejemplo llano  
Los que teneis debajo vuestra mano.

» De los cuales ya veis al mas robusto,  
No lejos de sus días postrimeros,  
Y el mas bien remediado con desgusto  
Adivinando malos paraderos;  
Y pareciéndole negocio justo  
Obviar á los males venideros,  
Pues si sana prudencia lo tantea  
Nada vereis aquí que mal no sea.

» Y aun las aguas presentes y futuras  
Comienzan ya de darnos sobresaltos,  
Por ser anegadizos, sin culturas,  
De seguros asientos todos faltos;  
Y veis de las crecientes las horrruras  
Encima de los árboles mas altos:  
Clara señal que si nos detenemos  
Los mas bien avisados no saldremos.

» ; Cuánto menos los ya como difuntos  
Flechados, mancos, cojos y tullidos!  
Considerad también algunos puntos  
Que no deben ser menos advertidos:  
Y son el invernar de todos juntos,  
Que no podemos sino divididos,  
Pues mal se hallará tan buen asiento  
Que para todos dé cabal intento.

» Paréceme que son consejos buenos,  
Pues si entre muchos poco se reparte,  
Lo poco claro está que será menos,  
Y entre pocos cabrá mejor parte;  
Y estando divididos en dos senos,  
Podránse sustentar de mejor arte,  
Y el fortunoso tiempo ya pasado,  
Juntarnos do quedare señalado.

» Si pareciere bien la traza dada,  
Que si parecerá, pues sois discreto,  
Mandad volver á Diego de Losada  
Para que la pongamos en efeto:  
Que dél y de los de su camarada  
Nunca jamás ternemos buen conceto,  
Pues de sus pretensiones dadas muestras,  
Son harto diferentes de las nuestras.»

Oyó Reinoso la razon propuesta,  
Y á los puntos estuvo muy atento;  
Mas no fué tan sabrosa la respuesta,  
Que no causase gran desabrimiento:  
Anduvo la vergüenza descompuesta  
Hasta casi llegar á rompimiento;  
En una y otra parte confusiones,  
Requirimientos y protestaciones.

Luego se dividieron los parciales  
Que seguían las partes del Guerrero,  
Pasándose cien hombres principales  
A la contraria playa de un estero,  
Que fué principio de mayores males  
Y de desventurado paradero:  
Esperaron allí que noche fuese  
Para recoger gente, si viniese.

El general acá, que con cuidado  
Remediar este hecho deseaba,  
Al maese de campo dió mandado,  
Dándole cuenta de lo que pasaba,  
Para que revolviere bien armado  
Con los doscientos hombres que llevaba,  
Y diesen ambos en el enemigo  
Con ejemplares penas y castigo.

Pero los del motin por cierta via  
Tuvieron relacion del embajada,  
Y así les pareció que convenia  
Jugar aquella noche de antiabiada:  
Los cuales antes de la luz del día  
Dieron en los de Diego de Losada,  
Y sin los maltratar ni lastimellos  
Les tomaron las armas y caballos.

El vencedor volvió como seguro  
Por ver sin armas el contrario bando,  
Y el campo raso les pareció muro,  
Do los ojos estuvo regalando;  
Mas el dicho Reinoso con oscuro  
Venía por sus pasos caminando,  
Y dió con el ejército dormido,  
Bien ignorante de lo sucedido.

El cual entonces iba por ventura  
Con harta mas blandura que rigores;  
Pero vista tan buena coyuntura,  
Rompió diciendo: « ea, valedores:  
Pues teneis la victoria bien segura,  
Viva el rey, viva el rey, mueran traidores.  
Despiertan al ruido los dormidos,  
Algunos dellos bien aperechidos.

Porque Pedro Copete y el Guerrero,  
Montalvo, Jejas con Barrasa y Vega,  
Cada cual en caballo muy ligero,  
Mostraban gran valor en la refriega;  
Argüello no tardó ni fué postrero,  
Pues luego con algunos se les llega,  
Y por entrambas partes á gran priesa  
Andaba la lanzada muy espesa.

Gran grito, gran rumor, gran vocería  
Sonaba por aquellos campos llanos,  
La saña y el furor siempre crecía,  
Eningrentados ya rostros y manos,  
Y por entrambos bandos se decía:  
« Viva el rey, viva el rey, mueran tiranos.»  
Andaba por allí cierto confeso,  
Que esto decía con mayor esceso.

Joan Sanchez Labrador, hombre de brio,  
Allí le respondió con voz altiva:  
« Decí, ¿ quién mata al rey, perro judío?  
Que yo también deseo que el rey viva; »  
Mas una bala fué con tal avío,  
Que del hablar y dulce ser lo priva:  
Escruidad eterna lo retrajo  
Con precipicio del caballo abajo.

Andando la batalla muy trabada  
Y con ostinadísima porfia,  
Le dieron al Guerrero una lanzada,  
De donde mucha sangre le salía:  
La fuerza deste ya debilitada,  
La de Copete siempre resistía,  
Con él sus dos hermanos Tello y Mesa,  
Que hacían la otra parte lesa.

Cuando ya sobre el eje pruñoso  
Traía la mañana clara lumbre,  
Y el velo de la noche tenebroso  
Huía por do tiene de costumbre,  
Mejoraba la parte del Reinoso;  
La otra ya con grande pesadumbre,  
Aunque de entrambas partes hay caidos,  
Y de los vivos muchos mal heridos.

Mas de la gente menos proveida,  
Como de tal asalto descuidada,  
Algunos se pusieron en huida  
Dejando la victoria declarada  
Por Diego de Reinoso, cuya vida  
Con gran dificultad fué reservada;  
Pues su caballo muerto, y él caido,  
Muriera si no fuera socorrido.

De los que de la rota no buyeron  
Prendieron como veinte señalados,  
Que como principales luego fueron  
A privacion de vida condenados:  
Los rigurosos trances se cumplieron  
En solos dos hidalgos desdichados,  
Copete y Alonso Alvarez Guerrero:  
Espectáculo harto lastimero.

Luego veinte soldados valerosos  
De los que se hallaron mas culpados,  
Al Reinoso y Losada sospechosos,  
Por ser hombres de brios arriscados,  
Con penas y con mandos rigurosos  
Fueron de su comercio desterrados,  
Para donde les diese su ventura  
O ya la vida, ó ya la sepultura.

Destos era Garcia de Montalvo,  
Pero Ruiz, Barrasa, Mesa y Tello,  
Y aquel honrado Vega, cano y calvo,  
El capitán Ruiz y Joan de Argüello:  
Llevando para se poner en salvo  
Muy colgada la vida de un cabello,  
Por les poner delante su corrida  
Pesadimosos riesgos de la vida.

Pero como fortísimos varones,  
Que cierto cada cual era bastante,  
Allanaron terribles tropezones  
Que siempre se ponían por delante:  
Rompiendo ferocísimas naciones,  
Opuestas al cansado caminante,  
El Barrasa, guiando con buen tino,  
A la mar do llevaban su camino.

Nueve días después Bernardo de Heras,  
Joven de los mas sueltos y lijeros,  
Hurtóse del Reinoso y sus banderas  
Con ocho no menores compañeros,  
Siguiendo las pisadas y carreras  
Que llevaban aquestos caballeros;  
Y fueron tan constantes las porfias,  
Que los vieron en menos de tres días.

Y á punto que se vian ya perdidos  
Por tenellos mil indios rodeados,  
Mas siendo tan á tiempo socorridos  
De tan valerosos soldados,  
Los cansados, hambrientos y afligidos,  
En gran manera fueron alentados,  
Y así, con el calor desta venida,  
Pusieron á los indios en huida.

Abrevian el camino mal sabido,  
Que el tiempo les mostraba rostro tierno,  
Necesidad poniendo tal sentido  
Y entre los veinte y nueve tal gobierno,  
Que hallaron asiento proveído  
Do pasaron las furias del invierno,  
Y el verano mostrando su pintura,  
Se pusieron en tierra ya segura.

Estando pues Reinoso en los esterios  
Consultando con todos su partido,  
Se buyeron Patiño y Ontiveros  
Sin que se barruntase la huida:  
Cada uno con treinta compañeros,  
Gente desesperada y atrevida,  
Otra noche huyó por consiguiente  
Un Alonso Marqués con otros veinte.

Después de todos estos otro día  
Remanecieron dos negros huidos,  
Uno Pedro Mabuya se decía,  
Otro Cristóbal, hombres atrevidos;  
Mas al tiempo que cada cual salía  
Con tal tiniebla fueron divididos,  
Que aunque gastaron horas en buscarse  
Nunca jamás pudieron encontrarse.

Mas aunque solo cada cual se vido  
En no volver atrás fué tan constante,  
Que el riesgo tuvo por mejor partido  
Que dejar de pasar mas adelante:  
Con arco y flechas bien aperechido  
A los lados espada va tajante;  
Y el que se via de comida falto  
Con el oscuro manto daba salto.

En pueblo ó chanería, do mérito  
Buscaba cebo para los gargueros,  
Y si del morador era sentido  
Con manos prestas y con piés lijeros  
Hacían cada cual tan gran ruido  
Como si fueran treinta compañeros,  
Y después ya de recogido algo  
No lo tomara muy ligero galgo.

Pues para los coger el mas ligero  
Sus piernas viera ser como difuntas;  
También Mabuya fué tan gran flechero  
Que yo le vi tirar tres flechas juntas:  
Y dar con todas ellas en terrero  
Y en pequeño compás todas tres puntas,  
Y así por estos llanos, valles, vegas  
Se libró de grandísimas refriegas.

Las cuerdas de sus arcos mas usadas,  
Y con que peleaba mas de veras,  
Eran listas de cañas bien sacadas  
Haciendo de sus nudos empulgueras;  
Que puestas en el arco y ajustadas  
Eran por mucho tiempo duraderas,  
Pues si á posta no se las quebraban  
Sus diez y doce años le duraban.

Sucedieronle grandes entremeses  
Atravesando por aquellos llanos,  
Invernaron divisos en conveses  
A la sierra del norte mas cercanos;  
Y á cabo ya de diez ó doce meses  
Vinieron á toparse con cristianos,  
No de los desterrados y primeros,  
Sino de Joan Patiño y Ontiveros.

Pues aunque la cuadrilla se huía  
Y cada día les faltaban gentes,  
La una de la otra no sabia  
Invernando por partes diferentes;  
Pero como llevasen una via  
Acabadas las aguas y crecientes,  
Por rastros que dejaban en la tierra  
Se juntaban los mas junto á la sierra.

Reinoso, que esta gente vió huida  
Como de la restante se recela,  
También apresuraba la partida  
Mandando caminar á Venezuela;  
E iban ya los rios de crecida  
Que miseros enfermos desconsuela  
Por no hallarse piadosa mano  
De padre ni de hijo ni de hermano.

Esclavo menos hay que se sujete  
Al amo ni que cumpla justo mando,  
Aqui se quedan seis, acullá siete,  
Gimiendo están aqui y allí gritando;  
Y el misero doliente si se mete  
El agua lo llevaba volteando,  
Capitanes no hacen lo que suelen  
Ni hombres de los hombres se conduelen.

¿Quién os podrá poner en escritura,  
Que lleve sonoro su concierto,  
Tanto trabajo, tanta desventura,  
Tan increíble hambre, tanto muerto?  
Pues lo que digo es abreviatura  
O cifra muy cifrada de lo cierto,  
Y aunque mas alargásemos la pluma  
Todavía sería breve suma.

Pues hubo quien en esta coyuntura  
Abrió los pechos á su compañero,  
Estando muerto ya de calentura,  
Y a queste fué Bautista Zapatero:  
El cual se sustentó del asadura  
Ansi como si fuera de carnero,  
Y andando después imaginativo,  
Huyó y no pareció muerto ni vivo.

Yendo pues el Reino con sus gentes  
Inquiriendo la tierra mas subida,  
Pasaron sin haber inconvenientes  
Una quebrada llana y estendida:  
Llegáronse después quince dolientes  
Al tiempo que venia ya crecida,  
Demandaron socorro con voz blanda  
A los que estaban de la otra banda.

Pedro Martel volvia las respuestas  
Horrendas á los pobres miserables,  
Por ser palabras sucias, deshonestas,  
Tan torpes como él y detestables:  
Al fin por no ver quejas tan molestas  
Gemidos y clamores entrañables,  
Determinaron todos de dejallos  
Pudiéndolos pasar en los caballos.

Visto que la quebrada mas crecia  
En proceloso tiempo y lugar malo,  
De aquella miserable compañía  
Sin reparo, comida ni regalo,  
Un Domingo Riberos otro día  
Pasó los pechos puestos en un palo,  
Luego pasó tras él en un madero  
Un mulato llamado Joan Quintero.

Mas los otros de todo bien inermos,  
Aunque buscaban vias y maneras,  
No pudieron pasar por ser enfermos  
Y no tener las fuerzas tan enteras:  
Y así quedaron en aquellos yermos  
Por cebo de las bestias carniceras,  
Y el número de dos menesteroso  
No siguió mas los pasos del Reino.

Mas por otra derrota van á tiento  
En grandísimo riesgo de la vida,  
Tallos de hobos era su sustento  
Y el regalo mayor de su comida;  
E yendo con penoso sentimiento  
Encontraron también gente huida:  
Recebieron los dos tan gran consuelo  
Que parecíoles ver ángel del cielo.

Con los dos se cerró número entero  
De diez cristianos, y aunque flaca mano,  
Supieron inquirir invernadero  
Donde no les faltó copia de grano:  
Sanaron el Riberos y el Quintero,  
Y el tiempo ya llegado del verano,  
Se juntaron con otros fugitivos  
De los cuales hay hoy algunos vivos.

El Reino también hizo parada  
Con algunos sustentos pasaderos,  
Y enviando la gente mas armada  
Por pueblos comarcanos y fronteros.  
Acogióse Diego de Losada  
Con treinta ó con cuarenta compañeros.  
El cual la vuelta de Cubagua iba  
Recogiendo la gente fugitiva.

Topando la cuadrilla y el rebaño  
De los que por la sierra van á tino,  
Aseguralos de todo daño  
Diciendo: « todos vamos un camino.»  
El Reino, corrido del engaño,  
Con el restante de la gente vino  
A Venezuela, do los alemanes  
Tenian valerosos capitanes.

Trabajos padecidos representa  
Con gran valor de su persona sola,  
Mas allí no se hizo tanta cuenta  
Que por ello le diesen laureola:  
Por cuya causa casi por afrenta  
Determinó pasar á la Española,  
Donde murió después cristianamente,  
Y á conjugales nudos obediente.

Losada con su copia de soldados  
Y los demás que andaban divertidos,  
Llegaron á los pueblos deseados,  
Los cuales se hallaron destruidos:  
Sus pocos moradores rebeldes,  
Y en fuerzas de palenques recogidos,  
Nadie les daba ya seguro puerto  
Sino Guaramental, aunque era muerto.

Dejó por sucesor un Antonico,  
Hijo suyo, de nobles condiciones:  
Fué tutor Paraiama, por ser chico,  
El cual favoreció nuestros varones,  
Mas el uso de esclavos tan inicuo  
Pagóle con muy grandes sinrazones,  
Porque el desorden grande de cudicia  
No sabe guardar orden de justicia.

Hallaron por allí rescatadores  
De la Cubagua y de su granjería,  
O por mejor decir saltadores,  
Envejecidos en su tiranía:  
Estotros, como no fuesen menores,  
Con aquellos hicieron compañía,  
Y asolada la tierra comarcana,  
Volviéron todos á Maracapana.

Luego por los delitos atrasados,  
Y aquellas locas y atrevidas furias,  
Pedían los que fueron agraviados  
Justa satisfacción de sus injurias:  
Los bienes luego fueron confiscados  
Para suplir jueces sus penurias:  
Al fin Ortal y Frias y Castillo  
Por un hilo sacaban un oவில்.

Este y aquel y el otro les pedia  
(Jüez el licenciado Castañeda):  
Pagaba con esclavos que traia  
El que sin corporal castigo queda:  
Pagaba al fin aquel que no debía,  
Quiero decir, quien era la moneda:  
Esclavos eran costas y derechos,  
O ya fuesen bien hechos ó mal hechos.

Eran por veedor avalados,  
O vendidos en públicos pregones  
Aquellos pobres desaventurados,  
Que nunca cometieron las traiciones;  
Finalmente, jueces y culpados  
Eran unos finisimos ladrones,  
Pues en cada se vió tal insolencia  
Ni tan grande soltura de conciencia.

Pero por ser desorden tan antiguo,  
Cubrámoslo con taciturno sello,  
Y el que quisiere ver este castigo  
Al fin de lo de Ortal podrá leello:  
Por ser en este tiempo lo que digo  
De las muertes de Aduza y del Argüello,  
Que pues de Ortal allí me despedía,  
Cubrillas con silencio no cumplía.

Purgadas pues las costas y los daños  
Del licenciado Frias y oficiales,  
No por eso cesaron los engaños  
Y ofensas en aquellos naturales:  
Porque por grande número de años  
Anduvieron soldados principales  
En la contratacion mal ordenada,  
De los cuales fué Diego de Losada,

Capitán valeroso y esforzado,  
Varon en guerra y paz de gran recato,  
Gran hombre de caballo y agraciado  
Mas á bien recibido no muy grato:  
Y así fué de Cubagua desterrado  
Por cierto desconcierto y desacato:  
Hizose con algunos á la vela,  
Y vino por mar á Venezuela.

Micer Enrique Rebolt, que la regia  
Y por los alemanes fué teniente,  
Recebiólo con grande cortesía,  
Y toda la demás antigua gente:  
El Diego de Losada persuadia  
Al alemán ya dicho grandemente,  
Enviase á tomar las posesiones  
Hasta Maracapana y sus ancones.

Porque segun se via por escrito  
Por cédulas del rey y provisiones,  
De su gobernacion y su distrito  
Eran todas aquestas poblaciones:  
Ayudáronle muchos con un grito,  
Y él acudió con estas intenciones,  
Y con Losada y otras gentes ciegas  
Vino por capitán Joan de Villegas.

No vinieron por mar, sino por tierra,  
Y por aquellos llanos ya sabidos,  
Costeando la falda de la sierra  
Cien hombres destos bien apercebidos:  
Lo que hallan de paz hacen de guerra,  
De muy largas cadenas proveidos,  
Y en ellas grande número de gente  
Herrados por esclavos falsamente.

De la manera pues que aquí se trata  
Llevaban muchos hombres y mujeres,  
Llegaron á la mar de Chacopata,  
Adonde pregonaron sus poderes:  
Y luego por gozar de la barata  
Acuden de Cubagua mercaderes:  
Estuvieron allí los deste bando,  
Espacio de dos meses contratando.

Llaman de paz á los de aquel partido  
Los capitanes falsos y perjuros:  
Los indios no pensando ser fingidos  
Salieron de sus fuerzas y sus muros;  
Y el consorcio cruel y fementido  
Cuando los vió sin armas y seguros,  
Dieron sobre ellos repentinamente  
Y tomaron gran número de gente.

Un indio bien ladino les decia,  
Como se vió de libertad ajeno:  
« Esto no fué valor, ni valentía,  
Ni hecho que manó de pecho bueno:  
Prendernos con tan gran alevosía  
Sobre paz y las manos en el seno;  
Pues nosotros salimos como hermanos  
Debajo de palabra de cristianos.

Y pues captividad no merecemos,  
De libertad pedimos las enmiendas,  
Que si por culpa vuestra nos movemos  
A descubiertas guerras y contiendas,  
Bien sabes tú, Losada, que sabemos  
Defender las personas y haciendas:  
Así que pues llamais de paz la tierra,  
No la quebreis con tan injusta guerra.

No por eso cesó su desvario,  
Ni se mudaron estos pareceres,  
Antes hierro les dan por atavio;  
Y ahorrados hombres y mujeres,  
Luego los entregaron al navio  
Que tenían allí los mercaderes,  
Volviéronse después la tierra adentro,  
Donde hicieron otro mal encuentro.

Pues saliendo de paz el Antonico,  
De Guaramental hijo y heredero,  
Ya cacique paupérrimo de rico,  
Por los inconvenientes que refiere:  
Con estas insolencias que publico  
Al muchacho leal, fiel, sincero,  
Con seguro que se le prometia,  
Le tomaron la gente que tenia.

Estos con otros muchos que tomaron  
Por otras partes fuera del asiento,  
Ansimismo vendieron y entregaron  
A los que iban en su seguimiento;  
Y todo lo barrieron y asolaron  
Con un luciferino desatiento,  
Y sin causa quemaron los bestiales  
Cuatro caciques harto principales.

Luego la gente de conciencia suelta,  
Firmes en añadir daños á daños,  
Para su Venezuela dió la vuelta  
Losada con los mas destos engaños:  
Cuya perplejidad quedó resuelta  
En acabar allí los demás años;  
Y viendo de sus dias el invierno  
Pretendia tener aquel gobierno.

A la real audiencia hizo via  
Para lo negociar segun se trata,  
Mas el efeto de lo que pedia  
Contraria voluntad lo desbarata;  
Y al tiempo que sin mando se volvia  
En la costa murió de Burburata,  
Sin regalo de santos sacramentos  
Por ballar despoblados los asientos.

Con este concluimos la jornada,  
Y las mas circunstancias de Sedeno,  
La cual de prolijísima y pesada  
Ha sido para mí gran quita-sueño;  
Mas pues Cubagua queda rezagada,  
Y es el negocio suyo no pequeño,  
Justa cosa será que se concluya  
Y después della la vecina suya.

## ELEGIA XIII.

*Elogio de la isla de Cubagua, donde se trata la gran riqueza que allí hubo y su perdicion y asolamiento.*

## CANTO PRIMERO,

*Donde se trata de su primero descubrimiento y esterilidad, con otras particularidades dignas de memoria.*

Cuanto naturaleza tiene hecho,  
Examinado y visto sabiamente,  
No vaca ni carece de provecho,  
O ya sea cubierto, ya patente;  
Que la virtud no pierde su derecho,  
Aunque sea la muestra diferente,  
Y así vereis do faltan muchas cosas  
Otras que no son menos provechosas.

En Indias tierras hay do no se crian  
Oro ni plata; mas en su distancia  
Algunas veces hay tal granjería  
Que suele dar riquísima ganancia,  
Supliendo aquella falta que tenia  
Con cosas de no menos importancia  
Que causa natural allí compuso,  
Y los hombres aplican á su uso.

No vereis por acá tierra tan pobre,  
Que de lo que contratan las naciones  
Alguna buena cosa no le sobre;  
Pues aquí cogen copia de algodones,  
Allí plomo y azogue, acullá cobre,  
Aquí muchos ganados y allí dones  
De cristales, viriles y esmeraldas,  
Aquí pastel, orchilla, y allí gualdas.

La isla de Cubagua nos enseña  
Este natural cambio claramente,  
La cual aunque es estéril y pequeña,  
Sin recurso de río ni de fuente,  
Sin árbol y sin rama para leña  
Sino cardos y espinas solamente;  
Sus faltas emmendó naturaleza  
Con una prosperísima riqueza.

Pues sembró por plaeles principales,  
Que están á sus riberas adyacentes,  
Gran copia de riquísimos ostiales,  
De do se sacan perlas escelentes,  
Con que ha engrandecido sus caudales  
Crecidísimo número de gentes:  
Diez grados medio mas es lo que muestro  
De la equinocial al polo nuestro.